

# ¡Educación española... es noticia!

En muchos periódicos españoles ha aparecido en los últimos meses una nueva sección. Su rótulo es "educación" o "enseñanza". Resulta consolador comprobar cómo el país se apasiona (los "in" dirían: se ha concienciado) por los problemas educativos. Sin embargo, un simple vistazo a muchas de estas secciones nos informará de que su contenido habitual se reduce casi siempre a dos tipos de noticias: proyectos de reformas que todo lo arreglarán (casi nunca su serena consideración y crítica) o algaradas y manifestaciones que obedecen a consignas extranjeras. ¿Responden esas dos únicas cosas a nuestra realidad educativa? Si no somos utópicamente optimistas—noticia primera—o sistemáticamente negativos—noticia segunda—parece claro que no.

No estamos con esto criticando a los periódicos. Resulta mucho más fácil reseñar que unos chicos tiraron piedras a unos guardias que preguntarse por las causas del progresivo escepticismo y descontento de muchos de nuestros universitarios. En definitiva, como siempre, las culpas—si las hay—corresponden a esa sociedad española de la que todos formamos parte. Parece claro que a nuestra sociedad le interesa muy poco, por ejemplo, el libre y óptimo funcionamiento de la Universidad, la calidad de nuestra investigación, el prestigio internacional de nuestros científicos, la cantidad que paga anualmente el país en concepto de "royalties" o el rendimiento cualitativo (concepto en el que insiste tanto el Libro Blanco) de nuestras inversiones educativas. Con todos los riesgos de las generalizaciones, se puede decir que lo que les interesa a nuestros padres de familia es que no haya lios y que sus chicos aprueben; si su formación es incompleta, ya habrá modo luego de buscar un enchufe o una recomendación (instituciones que han proliferado en nuestro país con abundancia que produce sonrojo) para asegurarles el porvenir y quedar tranquilos de que han cumplido los deberes para con sus hijos.

Desde estas actitudes mentales, los auténticos problemas educativos desaparecen y da la impresión de que al país sólo le interesan las cuestiones de orden público o las panaceas. Quizá una raíz del problema está en que para tratar con verdadera competencia los problemas educativos (como cualquier otro problema) se requiere una especialización más profunda que la del simple periodista y los que podrían hablar con au-

toridad de estos temas son, en su mayor parte, funcionarios asustados de las posibles consecuencias de sus declaraciones.

## EL C. O. U.

En este ambiente, las noticias más importantes caen en un absoluto silencio. Dejando aparte los obligados elogios, ¿dónde se ha comentado críticamente los problemas que plantea la introducción (a título experimental, este año, para generalizarlo el próximo) del nuevo Curso de Orientación Universitaria que sustituye al Preu? Recordemos algunos. Ausencia de programas concretos, ausencia de libros de texto, establecimiento de la orientación escolar sin que se dé dinero para pagar a los psicólogos que la han de realizar, exigencia de idénticas asignaturas (Matemáticas, en concreto) a alumnos con muy diversa preparación por proceder de Ciencias y de Letras, aparición—en el último momento, según parece—de la Religión como nueva asignatura obligatoria, consejo vocacional al final del curso que vincula gravemente a los alumnos, dificultades de coordinación con la Universidad en cuanto al ingreso en ella y al tipo de conocimientos que se van a exigir a los nuevos alumnos, etcétera.

## Los encargados de curso

En relación con una reunión de los profesores de la Facultad de Económicas de Madrid se ha publicado una carta en la que, entre otros puntos, se alude de pasada al hecho de que el profesorado no numerario imparte, aproximadamente, el 80 por 100 de las enseñanzas de esta Facultad. ¿Cuál ha sido la reacción social ante esta declaración? Silencio total.

A la vez, ha aparecido en algún periódico la nota de los profesores encargados de curso de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. "Juan Ruiz", que se anticipó ocupándose hace ya meses de este problema, se considera obligado a insistir en él ante el nulo eco oficial y social que ha despertado: más del 50 por 100 de los cursos de esa Facultad los imparten profesores nombrados a dedo (con todas las benéficas consecuencias que este sistema suele producir en nuestro país), con una retribución insuficiente, que tiene que buscar el fundamento de su economía fuera de la Universidad, que carecen de los derechos del profesorado permanente (especialmente la posibilidad de dedicación plena y exclusiva a

la Universidad y facilidades para pasar a ser profesores estables, al no salir a oposición las plazas que ellos desempeñan interinamente) y que cesan cada mes de julio para, si el libre arbitrio del catedrático no dispone otra cosa, volver a ser nombrados al comienzo del nuevo curso.

De hecho, en estos momentos, esa mayoría del profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid lleva dos meses dando sus cursos y todavía carece de todo nombramiento oficial, no ha cobrado nada y no sabe siquiera en qué condiciones será contratado... para el curso que empezó en octubre. Y ni siquiera les cabe un consuelo legal (ya no real), pues la figura del profesor encargado de curso ni siquiera existe en la ley de Educación, a pesar de constituir, de hecho, la base principal del funcionamiento de muchas de nuestras Facultades. Como se ve, lo esperpéntico, en España, no es patrimonio exclusivo de nuestro gran Valle-Inclán.

Al plantear este caso no nos mueven criterios compasivos ni siquiera de estricta justicia (situación académica y remuneración de acuerdo con el trabajo que se desempeña efectivamente), sino, más sencillamente, de eficacia. Todas las anomalías de este sistema repercuten, inexorablemente sobre la calidad de la enseñanza que reciben los alumnos universitarios. Pero todo esto parece importarle poco al país, mientras los chicos de la casa no se metan en un jaleo gordo y aprueben el curso entre junio y septiembre (o en las convocatorias extraordinarias, siempre censuradas por antipedagógicas pero que siempre reaparecen, como concesión graciosa del Ministerio a las humanitarias peticiones de los padres de familia).

## Una nueva táctica

Hemos planteado (vuelto a plantear, en el caso de los encargados de curso) cuestiones que nos parecen graves. ¿Tendrán algún eco? "Juan Ruiz" está ya muy acostumbrado a silencios más que significativos. Cuando los equipos de fútbol pierden sus partidos, el entrenador suele aparecer ante los periodistas con estudiada flemma anglosajona y pronunciar la frase de ritual, aprendida en alguna academia de idiomas: "No comment." Parece como si esta táctica se extendiera por los campos de juego celtibéricos. Pero una táctica tan atractiva no impide que el equipo que las adopte siga bajando puestos en la clasificación general.

EL martes pasado, a las 7,55 de la tarde, hemos tenido ocasión de admirar en la pequeña pantalla un bello ejemplo de cine didáctico. Pocas veces los problemas del pueblo español han sido expuestos y resueltos de forma tan magistral. Al interés del argumento, a la hon-

# Desde las viñas con amor

dura humana, al cuidado en la psicología de los personajes, a la originalidad en el planteamiento se unían valores documentales de testimonio.

El relato tiene lugar, según el programa, "durante la vendimia, en un pueblo cualquiera de España." El telefilme comienza con una hermosa

canción popular y la imagen de una camioneta en la que, entre risas y cantos, unos campesinos se dirigen a su trabajo.

va porque él no quiere. ¡Y basta!

De nuevo en el campo. La joven y su novio Ella está en decúbito supino; él, en decúbito lateral izquierdo con tendencia al prono. El brazo derecho, con su correspondiente mano, lo emplea en conquistar a la joven de que lo acompañe a la ciudad. La llegada de la camioneta que trae a los vendimiadores hace innecesaria la adición de un nuevo rumbo al telefilme.

La chica se encuentra entre la espada y la pared; es decir, entre el camarero y su padre. Esta tensión emocional produce en ella una actitud de violencia y sarcasmo ante su compañero de trabajo el joven que ama el campo. Pero él, con gesto grave y serio con escueta y sencilla palabra, le dice: "me gustas..., te quiero..., así que, ya lo sabes." En la escena siguiente, la joven comunica al camarero de las gafas ahumadas y la moto que puede marcharse a la ciudad, que ella se queda. Finalmente, el aspirante a capataz y la joven campesina aparecen enlazados sobre un fondo de viñedos. El dice: "nuestro sitio está aquí, el campo nos necesita..."

Nosotros pensamos con alegría en los jóvenes que, al ver este telefilme, comprenderán y aceptarán esa profunda verdad; se sentirán animados a continuar una tarea que no está en absoluto reñida con las ambiciones y el deseo de prosperar; permanecerán en unos campos a los que están unidos por la tradición, la sacrosanta voluntad paterna y su propio e inalienable sentido del deber; cerrarán sus oídos al canto de sirena de las grandes ciudades y vivirán felices entre las viñas.

PRONTO, la atención de la cámara se centra en una pareja: ella es morena, guapa, bien plantada. El, también. Ella está harta de trabajar en el campo y asegura que es la última vendimia que hace. El, por el contrario, ama el campo, le gusta aquello, no piensa marcharse nunca. Ella tiene un novio camarero en una gran ciudad y sueña con abandonar el pueblo. El piensa hacerse capataz agrícola: maneja las cuatro reglas y sabe—se lo han dicho—que el ingreso es fácil.

Al final de la jornada aparece un nuevo personaje: es el novio de ella. Usa gafas de sol, patillas y va en moto. La joven abandona la camioneta—gesto simbólico—y se va con el camarero. El joven que maneja las cuatro reglas y aspira a capataz los ve marchar con la mirada fija en el horizonte.

La escena siguiente, de gran tensión, tiene lugar en el interior de una casa campesina española. El padre y un hermano de la joven (pantalón de pana y camisa tejana) están sentados ante una tosca mesa de madera. Rostros graves y ojos levantados hacia el televisor, situado en una repisa. La joven repite machaconamente su deseo de marcharse, interrumpiendo sin ninguna consideración el plácido descanso de la familia. El padre pone fin a la situación con un amago de bofetada y rotunda frase de profundas raíces hispanas: la chica no se

